

Pintura de Carlos Rubio

por

Pérez Galdós



CARLOS RUBIO, tuerto y picado de viruelas, vestido como un pordiosero, era el contraste más duro que puede imaginarse entre una facha y una inteligencia. Diógenes no parecía su maestro, sino su discípulo. Aborrecía el agua tanto como adoraba los ideales de Libertad y Justicia. Los que no conocían de él más que su prosa brillante, un poco lírica y sentimental, le habrían dado en la calle un ochavo moruno, si él lo pidiera. Así como otros

pregonan con la efigie su importancia, a veces su talento, él no pregonaba más que su extremada modestia. ¿Y qué mejor pregón de patriotismo que aquel pergenio de mendicidad? ¡Pobre CARLOS RUBIO! Jamás existió quien tan desinteresadamente trabajase por el bien de su patria, a la que no pedía más que un pedazo de pan para comer y un trapo de desecho para cubrir sus carnes. Si España necesitaba de él servicios patrióticos en determinado momento de su historia, y él los prestaba, ¡cuán baratos le salían! Envuelto en su historia, como en una toga, era digno, altanero, incorruptible.

1832-1871

En el Centenario de su nacimiento, el Ayuntamiento de Córdoba, su patria, ilustra con su nombre este riente grupo
♦ ♦ ♦ ♦ ♦ escolar. ♦ ♦ ♦ ♦ ♦



(Facsimil de la hoja repartida a los niños de las Escuelas Públicas).